

el  
en  
se  
a  
ón  
e-  
os  
n-  
n-  
e-  
ón  
as  
  
r-  
a,  
da  
ro  
o,  
no  
y  
  
is  
er  
c-  
a-  
in  
er  
r-  
s.

Al escribir la historia, debemos mostrarnos tan estrictamente imparciales como lo permita nuestro temperamento; lo cual incluye no sólo el ansia de expresar la verdad sino el espíritu de justicia y el amor a la lealtad. Muchos grandes historiadores no han sido imparciales sin embargo. Carlyle y Macaulay, los maestros más notables de la historia en el siglo diecinueve, fueron parciales evidentemente; pero su parcialidad era honrada; no hacía nacer ideas falsas; en efecto, revela mejor la verdad de lo que lo haría una imparcialidad vaga y desorientada.

Uno de los peligros más generales que afronta el historiador cuando acomete la interpretación de la historia es el uso de argumentos *a priori*. A juzgar por el torrente de razones con que se nos ha inundado en los últimos tiempos, a propósito de la liga de las naciones y de los efectos que habrá de producir el tratado de paz, puede observarse claramente que las enseñanzas de la guerra, que debían hacernos desconfiar, ante todo, de los argumentos *a priori*, han sido perdidas para nosotros.